

MIGUEL ANGEL VEGA

LOS CARACTERES EN
"LA ARAUCANA"

ALGUNOS EXÉGETAS de "La Araucana" han sostenido la tesis de que el poema carece de un héroe central alrededor del cual gire el relato, como ocurre en "La Ilíada", en "La Eneida", en "El Poema del Cid", en "Los Lusíadas" y en otras epopeyas famosas. M. Alfonso Roger y Jean Ducamin han estimado que el protagonista indiscutible de la obra es, conjuntamente, el pueblo español y el pueblo indígena¹. Participa de este mismo criterio el poeta chileno Antonio Bórquez Solar en un estudio sobre "La Araucana", de vieja data².

El historiador literario hispánico Angel Valbuena Prat ha defendido con énfasis, por su parte, la tesis de que el verdadero héroe del relato es la raza aborígena³. A juicio suyo, Ercilla no destacó en el bando español ninguna figura capaz de personificar al pueblo conquistador. Son épicos, pero en grupo. En cambio, entre los araucanos sobresalen personalidades intensas, de severos perfiles psicológicos, como Caupolicán, Colo Colo, Lautaro, Tucapel, Rengo, etc. Por un curioso y sugestivo antagonismo crítico, el fino y delicado ensayista chileno Eduardo Solar Correa ha juzgado la obra con un criterio opuesto. "Sólo España —dice— puede ser considerada como el protagonista de "La Araucana"⁴. Apoya este aserto, especialmente,

¹Véanse "Étude littéraire sur "L'Araucana" d'Ercilla", par Roger. Dijon, 1879; y "L'Araucana", Texte annoté par Jean Ducamin. Paris, 1900.

²Antonio Bórquez Solar: "La epopeya de Chile". "La Araucana", de Ercilla. 1911.

³Angel Valbuena Prat: "Historia de la Literatura Española". Barcelona, año MCMXLVII. Tomo I, pág. 759.

⁴Eduardo Solar Correa: "Literatura Española. La Edad de Oro". Santiago de Chile, 1938, págs. 186 y 187.

en el hecho de que cada una de las partes del poema termina con el triunfo de las armas peninsulares.

Creemos, con Roger, Ducamin y otros, que el héroe de la epopeya que nos preocupa es la multitud anónima y abigarrada que pulula en sus páginas. No cabe duda de que Ercilla los ha pintado con admirable imparcialidad y verismo. Su pupila escrutadora captó tanto sus miserias, flaquezas y debilidades humanas como sus virtudes superiores y elevados sentimientos.

En el amplio cuadro multitudinario se distinguen, por uno y otro bando, algunas figuras bien dibujadas y contrastadas. No exageramos, si decimos que "La Araucana", mirada desde este ángulo crítico, es una vasta galería de retratos. Con mano segura, el poeta describe y pinta a sus héroes. Analizaremos primero los personajes araucanos y, en seguida, los hispánicos.

Uno de los héroes indígenas de contornos más seductores es Lautaro, el joven caudillo de las huestes libertadoras. Sus actos se inspiran en el amor a la Patria. Es intrépido, atrevido, ágil, astuto, inteligente, hermoso en su esplendente juventud y en su fortaleza física. Sus compañeros de armas lo respetan, y acatan sus órdenes con devota sumisión:

Todo sin resistir se le allanaba
poniéndose debajo de su mando.

Ercilla lo compara con los más grandes héroes de la antigüedad, en el deseo, seguramente, de justificar sus victorias, obtenidas a costa del prestigio bélico de los españoles:

No los dos Publios Decios, que las vidas
sacrificaron por la patria amada,
ni Curcio, Horacio, Scévola y Leonidas
dieron muestra de sí tan señalada:
ni aquéllos que en las guerras tan reñidas
alcanzaron gran fama por la espada,
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
Marco Sergio, Filón, Sceva y Dentato.

Decidme: estos famosos ¿qué hicieron
que al hecho de este bárbaro igual fuese?;

¿qué empresa o qué batalla acometieron
que a lo menos en duda no estuviese?;
¿a qué riesgo y peligro se pusieron
que la sed del reinar no los moviese,
y de intereses grandes insistidos
que a los tímidos hacen atrevidos?

La intrepidez de Lautaro, sus hechos hazañosos, arrancan a Ercilla cincelados versos en los que resplandece la claridad del concepto junto a la belleza del estilo egregio:

"en él se resumió toda la guerra".

Este hombre endurecido en el combate, inflexible, sanguinario, es, en sus ratos de reposo, suave y tierno. Herido de amor por la bella Guacolda, vive a su lado horas plácidas, ajeno al estrépito bélico y a los tristes presentimientos que agitan el alma de su amada, que teme la muerte prematura del caudillo. Esta amalgama exquisita de la fuerza del soldado con la suavidad del amante sensible, evoca en nuestro espíritu la conmovedora escena del encuentro del Cid con Ximena y sus hijas en el célebre monasterio de Cardeña, y el episodio no menos delicado en que Héctor, el héroe troyano, convive breves horas con Andrómaca y su pequeño hijo en las páginas de "La Ilíada".

Tucapel es el héroe de aristas anímicas opuestas a Lautaro. El bardo soldado condensó su carácter singular en versos transparentes. Todo es en él ardimiento bélico, fuerza bruta desatada, coraje sin límite. No sólo disputa con los enemigos de su patria, sino también con los caciques de su propia raza. Díscolo, pendenciero, no reconoce autoridad alguna. Jactancioso, seguro de sí mismo, se siente con aliento para conquistar él solo la tierra entera. Oigámosle una de sus tantas arengas en las reuniones que celebraban los araucanos para tratar del curso de la guerra:

Callando este cacique, se adelanta
Tucapelo, de cólera encendido,
y sin respeto así la voz levanta,
con un tono soberbio y atrevido
diciendo: "A mí la España no me espanta,

y no quiero por hombre ser tenido
si solo no arrüino a los cristianos,
ahora sean divinos, ahora humanos.

Pues lanzarlos de Chile y destruirlos
no será para mí bastante guerra;
que pienso, si me esperan, confundirlos
en el profundo centro de la tierra;
y si huyen, mi maza ha de seguirlos,
que es la que deste mundo los destierra:
por eso no nos ponga nadie miedo,
que aun no haré en hacerlo lo que puedo.

Y por mi diestro brazo os aseguro,
si la maza dos años me sustenta,
a despecho del cielo, a hierro puro,
de dar desto descargo y buena cuenta
y no dejar de España enhiesto muro;
y aún el ánimo a más se me acrecienta,
que después que allanare el ancho suelo,
a guerra incitaré al supremo cielo.

Que no son hados, es pura flaqueza
la que nos pone estorbos y embarazos;
pensar que haya fortuna es gran simpleza:
la fortuna es la fuerza de los brazos.
La máquina del cielo y fortaleza
vendrá primero abajo hecha pedazos
que Tucapel en esta y otra empresa
falte un mínimo punto en su promesa.

Caupolicán encarna al caudillo y estratego digno por su sagacidad y fuerza hercúlea de dirigir el ejército araucano. Su figura se pasea por el libro, salvaje y majestuosa, desde el canto segundo, en que trabamos amistad con él por primera vez, hasta el canto trigésimocuarto, en que presenciamos su muerte oprobiosa. El poeta nos lo describe alto de pecho, áspero y fuerte, hábil y ligero a la par. Sus compañeros de armas le temen y le veneran,

tanto en la guerra como en la paz. Fue nombrado jefe de las huestes indígenas en la célebre prueba del madero, en que soportó más que ninguno sobre sus hombros el pesado tronco. Disputáronle este honroso título Paicabí, Cayocupil, Gualemo, Angol, Purén, Tucapel y Lincoyán. Cuando todos aplaudían a este último cacique como el seguro vencedor de la prueba, apareció Caupolicán en la palestra. Ercilla lo presenta con inequívocos matices épicos:

Ufano andaba el bárbaro contento
de haberse más que todos señalado,
cuando Caupolicán a aquel asiento,
sin gente, a la ligera, había llegado:
tenía un ojo sin luz de nacimiento
como un fino granate colorado,
pero lo que en vista le faltaba,
en la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho
varón de autoridad, grave y severo,
amigo de guardar todo derecho,
áspero y riguroso, justiciero;
de cuerpo grande y relevado pecho,
hábil, diestro, fortísimo y ligero,
sabio, astuto, sagaz, determinado,
y en casos de repente reportado.

El vigoroso cíclope araucano, después de haber caminado tres días con el madero sobre sus hombros, lo lanzó lejos, "mostrando que aún más ánimo tenía", y la hazaña lo coloca a la cabeza del ejército de la Independencia. Los circunstantes lo proclamaron Toqui de la Guerra "en voz conforme", al unísono:

"Sobre tan firmes hombros descargamos
el peso y grande carga que tomamos".

Caupolicán se comporta dignamente en los múltiples trances de la titánica lucha. Jefe innato, celebra como propios los triunfos de Lautaro, nombrándolo su lugarteniente. Sereno y reposado en sus actos, suaviza las reyertas internas de Tucapel, Rengo y otros caciques de ánimo turbulento

y airado. Lamentablemente, Ercilla disminuye su prestancia de héroe en el conocido episodio de su prisión, momento en que ofrece su valiosa ayuda a Reinoso para entregarle, sometida, la patria araucana, y en que Fresia, su esposa, le arroja a los pies a la pequeña criatura fruto de aquel matrimonio, porque no quiere ser "la madre del hijo infame del infame padre". Estas flaquezas y debilidades del Toqui, que aminoraron su prestigio heroico, están compensadas con el valor increíble que demostró en las fases finales de su afrentoso suplicio. Con paso seguro, con viril entereza, se dirigió al tablado donde había de ser empalado y asactado. Al darse cuenta de que la sentencia será cumplida por un negro africano de repudiable aspecto, no pudo evitar la reacción de su orgullo herido y, envuelto en severa dignidad, dejó oír su voz en aquellas horas postreras:

¿Cómo? ¿Que en cristiandad y pecho honrado
cabe cosa tan fuera de medida,
que a un hombre como yo, tan señalado
le dé muerte una mano así abatida?
Basta, basta morir al más culpado,
que al fin todo se paga con la vida;
y es usar deste término conmigo
inhumana venganza y no castigo.

Una vez pronunciadas estas palabras, descargó sobre el verdugo un tremendo puntapié que dejó a éste malherido. Con estoicismo admirable, aceptó el martirio del cruel empalamiento:

No el aguzado palo penetrante
por más que las entrañas le rompiese
barrenándole el cuerpo, fue bastante
a que al dolor intenso se rindiese:
que con sereno término y semblante
sin que labio ni ceja retorciese,
sosegado quedó de la manera
que si asentado en tálamo estuviera.

Los soldados españoles le lanzaron en seguida un centenar de flechas al pecho;

En esto, seis flecheros señalados,
que prevenidos para aquello estaban
treinta pasos de trecho desviados
por orden y de espacio le tiraban;
y aunque en toda maldad ejercitados,
al despedir la flecha vacilaban,
temiendo poner mano en un tal hombre
de tanta autoridad y tan gran nombre.

La noticia de su muerte se extendió por todos los ámbitos de Arauco, produciendo en todas partes hondísima impresión. Algunos parecen dudar de tan infausta noticia. Otros acuden, desconcertados, al sitio de la ejecución para cerciorarse del suceso trágico y luctuoso:

Era el número tanto que bajaba
del contorno y distrito comarcano,
que en ancha y apiñada rueda estaba
siempre cubierto el espacioso llano:
crédito allí a la vista no se daba
si ya no le tocaban con la mano,
y aún tocado, después les parecía
que era cosa de sueño o fantasía.

El anciano Colo Colo simboliza en la obra a la prudencia y a la sabiduría que los años otorgan al hombre como un precioso legado. Su consejo oportuno sirvió muchas veces para poner término a graves querellas entre sus belicosos compañeros. El ideó la prueba del madero, porque sabía a ciencia cierta que en ella vencería Caupolicán, quien unía a la fuerza física grandes condiciones de mando. Voltaire ha dicho que el discurso que pronunció en la Junta de Caciques, con el objeto de evitar innecesarias violencias entre los jefes indios, es superior al que Homero puso en labios de Néstor en la Junta de Reyes⁵. La citada arenga es hoy uno de los emblemas de la libertad y del heroísmo del pueblo chileno:

Caciques del Estado defensores:
codicia de mandar no me convida
a pesarme de veros pretensores

⁵Voltaire. *Oeuvres*. Nouvelle Edition. Tome I. Amsterdam.

de cosa que a mí tanto era debida;
porque, según mi edad, ya véis, señores,
que estoy al otro mundo de partida;
mas el amor que siempre os he mostrado,
a bien aconsejaros me ha incitado.

¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
y ser en opinión grande tenidos,
pues que negar al mundo no podemos
haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos,
estando aún de españoles oprimidos:
mejor fuera esa furia ejecutalla,
contra el fiero enemigo en la batalla.

¿Qué furor es el vuestro, ¡oh, araucanos!
que a perdición os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas tenéis manos,
y no contra el tirano en resistillo?
Teniendo tan a golpe a los cristianos,
¿volvéis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
no sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y ánimo furioso
a los pechos de aquellos que os han puesto
en dura sujeción, con afrentoso
partido, a todo el mundo manifiesto;
lanzad de vos el yugo vergonzoso;
mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
no derramáis la sangre del Estado
que para redimirnos ha quedado.

No me pesa de ver la lozanía
de vuestro corazón, antes me esfuerza;
mas temo que esta vuestra valentía
por mal gobierno el buen camino tuerza;
que, vuelta entre nosotros la porfía,

degolléis vuestra patria con su fuerza:
cortad, pues, si ha de ser desesa manera,
esta vieja garganta la primera.

Que esta flaca persona, atormentada
de golpes de fortuna, no procura
sino el agudo filo de una espada,
pues no la acaba tanta desventura.
Aquella vida es bien afortunada
que la temprana muerte la asegura;
pero a nuestro bien público atendiendo,
quiero decir en esto lo que entiendo.

Pares sois en valor y fortaleza;
el cielo os igualó en el nacimiento;
de linaje, de estado y de riqueza
hizo a todos igual repartimiento;
y en singular por ánimo y grandeza
podéis tener del mundo el regimiento:
que este gracioso don, no agradecido,
nos ha al presente término traído.

En la virtud de vuestro brazo espero
que puede en breve tiempo remediarse;
mas ha de haber un capitán primero,
que todos por él quieran gobernarse;
éste será quien más un gran madero
sustentare en el hombro sin pararse;
y pues que sois iguales en la suerte,
procure cada cual de ser más fuerte.

Galvarino es otro héroe araucano digno de recordarse. El simboliza el valor superlativo, superior al tormento y al martirio.

En el episodio famoso en que le cortan las manos, junto con otros caciques importantes, ningún gesto de debilidad empañó el acerado temple de su alma:

Donde sobra una rama destroncada
puso la diestra mano, yo presente,

la cual de un golpe con rigor cortada,
sacó luego la izquierda alegremente,
que del tronco también saltó apartada,
sin torcer ceja ni arrugar la frente;
y con desdén y menosprecio dello,
alargó la cabeza y tendió el cuello,

diciendo así: "Segad esa garganta
siempre sedienta de la sangre vuestra,
que no temo la muerte ni me espanta
vuestra amenaza y rigurosa muestra,
y la importancia y pérdida no es tanta
que haga falta mi cortada diestra
pues quedan otras muchas esforzadas
que saben gobernar bien sus espadas.

Y si pensáis sacar algún provecho
de no llegar mi vida al fin postrero,
aquí, pues, moriré a vuestro despecho,
que si queréis que viva, yo no quiero;
y al fin iré algún tanto satisfecho
de que a vuestro pesar alegre muero,
que quiero con mi muerte desplaceros,
pues sólo en esto puedo yo ofenderos".

Así que contumaz y porfiado
la muerte con injurias procuraba,
y siempre más rabioso y obstinado,
sobre el sangriento suelo se arrojaba,
donde en su misma sangre revolcado
acabar ya la vida deseaba,
mordiéndose con muestras impacientes
los desangrados troncos con los dientes.

Las heroínas araucanas no exhiben grandes variedades ni matices psicológicos. Guacolda, Tegualda, Glaura y Lauca son igualmente sensibles, púdicas y honestas. El amor abrió ancho surco en sus delicados corazones, pero el fuego que las abrasa no es tortura trágica ni dolor que atraviese

con su llanto el espacio. Una suave brisa impregnada de estoica serenidad estremece las almas de estas mujeres. Fresia, la esposa de Caupolicán, es la única excepción en este dulce grupo humano. Se la describe en el poema como una mujer briosa y enérgica, espartana, poseída de un alto concepto del honor y de un orgullo áspero y tenso.

En el bando español, los héroes son más escasos y menos intensos que en el araucano. El retrato de Pedro de Valdivia está trazado con poca simpatía. Ercilla lo describe como un capitán perezoso y negligente, ávido sólo de riqueza y de gloria. Sostiene que llegó a Chile pobre de solemnidad, trayendo como únicas prendas de vestir "una capa y espada solamente". No vio el poeta en el valeroso capitán extremeño sus virtudes de oro macizo, sus condiciones de estratega, al padre de seis ciudades y tres fuertes, y al primer organizador del país.

Francisco de Villagra representa al capitán experimentado que con sus consejos y sabias razones evita el pánico y la derrota. Con su ejemplo, incita a los suyos a no desfallecer en el combate difícil:

Pero el buen Villagrán, haciendo fuerza
se arroja y contrapone al paso airado,
y con sabias razones los esfuerza,
como de capitán escarmentado,
diciendo: "Caballeros, nadie tuerza
de aquello que a su honor es obligado,
no os entreguéis al miedo, que es, yo os digo,
de todo nuestro bien gran enemigo.

"Sacudidle de vos, y veréis luego
la deshonra y afrenta manifiesta:
mirad que el miedo infame, torpe y ciego
más que el hierro enemigo aquí os molesta:
no os turbéis, reportaos, tened sosiego,
que en este solo punto tenéis puesta
vuestra fama, el honor, vida y hacienda,
y es cosa que después no tiene enmienda.

"¿A dó volvéis sin orden y sin tiento,
que los pasos tenemos impedidos?
¿Con cuánto deshonra y abatimiento

seremos de los nuestros acogidos?
La vida y honra está en el vencimiento,
la muerte y deshonor en ser vencidos:
mirad esto, y veréis huyendo cierta
vuestra deshonor, y más la vida incierta”.

De la plaza no ganan cuanto un dedo
por esto y otras cosas que decía,
según era el terror y extraño miedo
en que el peligro puesto los había.
“¿Dónde quedar mejor que aquí yo puedo?”
diciendo Villagrán, con osadía
temeraria arremete tanta gente,
sólo para morir honradamente.

Don García Hurtado de Mendoza, el jefe del ejército conquistador, es uno de los personajes de perfiles heroicos más agradables. Animoso, valiente, siempre en constante actividad, nada le arredra ni detiene en sus planes guerreros. El natural encono de Ercilla para con él, derivado del conocido incidente que le ocurrió en La Imperial, no le impidió el elogio justiciero al hijo del Virrey del Perú y directo jefe suyo. En la batalla de Millarapue, Don García derrochó coraje y habilidad, que el poeta no vaciló en reconocer en el poema:

Don García de Mendoza no paraba
antes como animoso y diligente,
unas veces airado peleaba,
otras iba esforzando allí la gente.

Entre los simples soldados, Ercilla traza también un vívido retrato de Andrea, oscuro conquistador, oriundo de Génova, que vino a las Indias tras la quimera del oro y de la gloria. Sus proezas lindan con lo maravilloso e increíble. He aquí algunas de sus desmesuradas hazañas:

Yo vi, entre muchos jóvenes valientes
sobre pruebas de fuerza porfiando
trabar él una cuerda con los dientes,
asiendo cuatro de ella; y estribando

todos a un tiempo partes diferentes,
a su pesar llevarlos arrastrando,
y de solos los dientes se valía,
que las manos atrás presas tenía.

Y con facilidad y poca pena
la mayor bota o pipa que hallaba,
capaz de veinte arrobas, de agua llena,
de tierra un codo y más la levantaba;
y suspendida sin verter, serena,
la sed por largo espacio mitigaba,
bajándola después al suelo llano
como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces barqueando
ríos en esta tierra caudalosos,
ir la corriente el ímpetu esforzando
a desbravar en riscos peñascosos,
arrebatando el barco, no bastando
la fuerza de los remos presurosos,
y él, cubierto de malla como estaba,
luego animoso al agua se arrojaba,

y una cuerda en la boca, revolviendo
al furioso raudal el duro pecho,
los pies y fuertes brazos sacudiendo,
rompía por la canal casi derecho
remolcando la barca, y resistiendo
el ímpetu del agua, del estrecho
la sacaba a la orilla en salvamento,
haciendo otras mil cosas que no cuento.

La lucha que libró con Rengo es uno de los cuadros de rasgos plásticos más enérgicos del heroico poema. Diríase un personaje escapado del "Orlando Furioso", libro que Ercilla debió leer con fruición deleitosa en su juventud. Los dos titanes, ágiles, astutos, vigorosos, fieros, no conocen el desaliento ni aun en los instantes más difíciles del asalto:

Y comienzan de nuevo el fiero asalto
como si descansaran todo el día:
ora presto por bajo, ora por alto
sin miedo el uno al otro acometía.
Rengo, que de armadura estaba falto
con tal destreza y maña se regía,
que sostiene en un peso aquella guerra,
no perdiendo una mínima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta
al valiente cristiano por un lado,
que toda la persona le atormenta
según que fue de fuerza muy cargado;
otro redobla, y otro, y a mi cuenta
al cuarto, que bajaba más pesado,
el astuto italiano se desvía,
y de una punta al bárbaro hería.

La espada le atraviesa el brazo fuerte
abriéndole en el lado una herida;
más fue tal su ventura y diestra suerte
que no le privó el golpe de la vida;
el bárbaro en ponzoña se convierte,
y con braveza fuera de medida
con el fiero enemigo fue en un punto,
descargando la maza todo junto.

El italiano en alto el medio escudo
alzó, por recoger el golpe extraño;
pero del todo resistir no pudo,
aunque se reparó parte del daño:
batióle la cabeza el golpe crudo,
y cual si el morrión fuera de estaño
y no de fuerte pasta bien templado,
así de aquella vez quedó abollado.

Dos o tres pasos dio desvanecido
del golpe el italiano, vacilando,

perdida la memoria y el sentido,
y anduvo por caer titubeando;
la sangre por el uno y otro oído
le reventó en gran flujo, como cuando
revienta de abundancia alguna fuente,
y en pie se tuvo bien difícilmente.

Pero vuelto en su acuerdo, que se mira
lleno de sangre y puesto en tal estado,
más furioso que nunca, ardiendo en ira
de verse así de un bárbaro tratado,
el brazo con el pie diestro retira
para tomar más fuerza, y el pesado
cuchillo derribó con tal ruido
que revocó en los montes el sonido.

Rengo, que el gran cuchillo bajar siente
y el ímpetu y furor con que venía,
cruzando la alta maza osadamente,
al reparo debajo se metía;
no fue la asta defensa suficiente.
por más barras de acero que tenía,
que a tierra vino della una gran pieza,
y el furioso cuchillo a la cabeza.

Fue este golpe terrible y peligroso,
por do una roja fuente manó luego,
y anduvo por caer Rengo dudoso,
atónito y de sangre casi ciego:
el italiano allí no perezoso,
viendo que no era tiempo de sosiego,
baja otra vez el gran cuchillo agudo
con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierto
hiere al turbado Rengo el italiano,
y hubiérale de arriba abajo abierto
si no torciera al descargar la mano;

el golpe fue de llano, y como muerto
vino al suelo tendido el araucano,
y el cuchillo, del golpe atormentado
por tres o cuatro partes fue quebrado.

No creemos equivocados a los comentaristas de "La Araucana" que han considerado al propio Don Alonso de Ercilla uno de los héroes señeros del poema. El alma entera del poeta soldado emerge de las robustas octavas con límpida nitidez. Desde los primeros versos del poema hasta los últimos, oímos su acento claro, sentimos su humana presencia. Ercilla habla siempre en primera persona sin exagerar el ímpetu del "yo" enhiesto y tenso. Con sobrada razón podría estudiarse el elemento lírico de esta obra épica.

Entre las aristas sensibles del alma del poeta, sobresale su amor al Rey de España Felipe II, nunca desmentido a lo largo de la obra. Lo llama "gran Felipe", invoca continuamente su nombre en los diversos cantos. Al salir de Lima con el ejército conquistador que comanda García de Mendoza, dícele estas significativas palabras:

Yo con ellos también, que en el servicio
vuestro empecé y acabaré la vida,
que estando en Inglaterra en el oficio
que aún la espada no me era permitida,
llegó allí la maldad en deservicio
vuestro, por los de Arauco cometida,
y la gran desvergüenza de la gente
a la Real Corona inobediente,

y con vuestra licencia, en compañía
del nuevo capitán y Adelantado
caminé desde Londres hasta el día
que le dejé en Taboga sepultado;
de donde, con trabajos y porfía,
de la fortuna y vientos arrojado,
llegué a tiempo que pude juntamente
salir con tan lucida y buena gente.

Ercilla nos da a conocer en múltiples ocasiones las dulzuras de su alma superior. El suplicio de Caupolicán le arranca enérgicas palabras condena-

torias contra sus compañeros de armas. En una oportunidad quiso salvar a Galvarino del rigor de la muerte, y en otra ayudó a la hermosa e infeliz Guacolda a encontrar el cuerpo de su marido, muerto en un fiero combate. Fue noble, generoso, compasivo. Caballero de estirpe egregia, trató con respeto a las mujeres del bando enemigo. Tegualda y Glaura recibieron finas atenciones de su parte. Veló por la reputación de ambas desposadas y procuró restañar sus heridas con pundonor, delicadeza e hidalguía de la mejor cepa hispánica. Conmovidó e impresionado por el amor conyugal de Glaura, ordenó que ella y su marido fuesen puestos en libertad.

Ercilla sufrió las penalidades propias de la guerra conquistadora al igual que sus compañeros de armas. Hubo momentos en que su vida corrió peligro de muerte inminente, salvándose de este trance sólo por un milagro. Es paterno el lenguaje del poeta cuando alude a la dureza de la vida del soldado que vela y defiende el sueño de sus compañeros en noches expectantes, preñadas de sombrías inquietudes:

La negra noche a más andar cubriendo
la tierra, que la luz desamparaba,
se fue toda la gente recogiendo
según y en el lugar que le tocaba;
la guardia y centinelas repartiendo,
que el tiempo estrecho a nadie reservaba,
me cupo el cuarto de la prima en suerte
en un bajo recuesto junto al fuerte;

donde con el trabajo de aquel día
y no me haber en quince desarmado,
el importuno sueño me afligía,
hallándome molido y quebrantado;
más con nuevo ejercicio resistía,
pascándome deste y de aquel lado
sin parar un momento; tal estaba
que de mis propios pies no me fiaba.

No el manjar de sustancia vaporoso,
ni vino muchas veces trasegado,
ni el hábito y costumbre de reposo
me habían el grave sueño acarreado:
que bizcocho negrísimo y mohoso

por medida de escasa mano dado
y la agua llovediza desabrida
era el mantenimiento de mi vida.

Y a veces la ración se convertía
en dos tasados puños de cebada,
que cocida con yerbas nos servía
por la falta de sal, la agua salada;
la regalada cama en que dormía
era la húmeda tierra empantanada,
armado siempre y siempre en ordenanza,
la pluma ora en la mano, ora la lanza.

El brioso soldado y hombre de honor a la par, cuidadoso, tiene la precaución de advertinos que jamás usó sus armas sin plena justificación:

“que fue sólo poner mano a la espada
nunca sin gran razón desenvainada”.

La figura de doña Mencía de los Nidos, dama “noble, discreta, valerosa, osada”, se graba también fuertemente en nuestro recuerdo. Con motivo del despueble de Concepción, que temía un asalto de los araucanos, después de la victoria que éstos obtuvieron en la batalla de Tucapel, ella abandonó su lecho de enferma y con la espada y el escudo en la mano arengó y animó a los hombres incitándolos al combate. Ella es la figura equivalente en el bando español de Fresia, la heroína araucana⁶. Sus palabras están imbuidas de un vivo ardor bélico y de viriles sentimientos:

⁶La derrota de Francisco de Villagra en la batalla de Marigüeñu a manos de las tropas dirigidas por Lautaro, el 24 de febrero de 1554, provocó gran alarma en Concepción. Se ha dicho que el soldado Juan Negrete, temblando de miedo, decía en la puerta de la casa de Valdivia: “¿Qué hacemos en esta ciudad? ¡Que nos han de comer vivos los indios!” y que contrariamente a él, Juana Jiménez, la últi-

ma concubina de Valdivia, pateaba de rabia en el interior de la casa ante la sola idea del despueble. Francisco Encina cree “que esta actitud de Juana Jiménez dio pie a Ercilla para inventar el célebre episodio de doña Mencía de los Nidos, acogida por Barros Arana como histórico”. Véase “Historia de Chile”, tomo I. Santiago de Chile. Ed. Nascimento, 1940, pág. 334,

Doña Mencía de Nidos, una dama
noble, discreta, valerosa, osada,
es aquella que alcanza tanta fama
en tiempo que a los hombres es negada:
estando enferma y flaca en una cama,
siente el grande alboroto, y esforzada,
asiendo de una espada y un escudo,
salió tras los vecinos como pudo.

Ya por el monte arriba caminaban,
volviendo atrás los rostros afligidos
a las casas y tierras que dejaban,
oyendo de gallinas mil graznidos:
los gatos con voz hórrida maullaban,
perros daban tristísimos aullidos:
Progne con la turbada Filomena
mostraban en sus cantos grave pena.

Pero con más dolor doña Mencía,
que dello daba indicio y muestra clara,
con la espada desnuda los seguía,
y en medio de la cuesta y dellos para;
el rostro a la ciudad vuelto, decía:
¡Oh, valiente nación, a quien tan cara
cuesta la tierra y opinión ganada
por el rigor y filo de la espada!,

decidme, ¿qué es de aquella fortaleza,
que contra los que así tenéis mostrastes?
¿Qué es de aquel alto punto, y la grandeza
de la inmortalidad a que aspirastes?
¿Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza,
y el natural valor de que os preciastes?
¿Adónde vais, cuitados de vosotros,
que no viene ninguno tras nosotros?

¿Oh, cuántas veces fuisteis imputados
de impacientes, altivos, temerarios,

en los casos dudosos arrojados,
sin atender a medios necesarios;
y os vimos en el yugo traer domados
tan gran número y copia de adversarios,
y emprender y acabar empresas tales
que distes a entender ser inmortales!

Volved a vuestro pueblo ojos piadosos,
por vos de sus cimientos levantado;
mirad los campos fértiles viciosos
que os tienen su tributo aparejado:
las ricas minas, y los caudalosos
ríos de arena de oro, y el ganado
que ya de cerro en cerro anda perdido,
buscando a su pastor desconocido.

Hasta los animales, que carecen
de vuestro racional entendimiento,
usando de razón, se condolecen,
y muestran doloroso sentimiento;
los duros corazones se enternecen
no usados a sentir, y por el viento
las fieras la gran lástima derraman
y en voz casi formada nos infaman.

Dejaos quietud, hacienda y vida honrosa
de vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
por ir a casa ajena embarazosa
a do tendremos mísera acogida.
¿Qué cosa puede haber más afrentosa,
que ser huéspedes toda vuestra vida?
¡Volved, que a los honrados vida honrada
les conviene, o la muerte acelerada!

¡Volved, no vais así desamano,
ni del temor os deis tan por amigos,
que yo me ofrezco aquí, que la primera
me arrojaré en los hierros enemigos!

¡Haré yo esta palabra verdadera,
y vosotros seréis dello testigos!
"¡Volved, volved!", gritaba, pero en vano,
que a nadie pareció el consejo sano.

Se ha reprochado a Ercilla exagerada idealización de los aborígenes cuya psicología no supo comprender. Jean Ducamin observó oportunamente que éstos no son sino almas españolas que sienten y piensan en cuerpos araucanos. El notable hispanista francés no descubre en ellos rasgos típicos, y considera que Lautaro podría perfectamente ser uno de los héroes de "La Ilíada", y Tucapel un héroe sarraceno del "Orlando Furioso". Afirma, además, que nuestros antepasados piensan y hablan en el poema a lo español, y que no existen diferencias apreciables entre las arengas de los caciques y la de los capitanes peninsulares⁷. Ningún lector atento de "La Araucana" podrá discutir la verdad implícita en los juicios del hispanista francés. En efecto, es la misma la manera de razonar de españoles y araucanos, y son semejantes sus comparaciones, sus imágenes y la cultura de que hacen gala en sus discursos. Fresia habla con singular desenfado del "ártico hemisferio" y de la mudable diosa Fortuna; Lautaro y Puchecalco aluden en sus oraciones bélicas al "carro de Factón"; Caupolicán, por último, no desconoce la sacra persona de Carlos V ni las posesiones de su vasto imperio. Ercilla, poeta renacentista típico, escribió de este modo por un imperativo de su cultura clásica y del sentido de la retórica de la época en que le cupo vivir. El poeta prestó así un pingüe servicio a la poesía, pero la verdad quedó maltrecha de hondas tergiversaciones.

⁷Tal hecho no escapó a la mirada penetrante de don Domingo Faustino Sarmiento, el genial escritor argentino, quien formuló a este respecto el siguiente comentario: "y a trueque de hacer un poema épico, Ercilla hizo del cacique Caupolicán un Agamenón, de Lautaro un

Ajax, de Rengo un Aquiles. ¡Qué oradores tan elocuentes los de parlamentos que dejarían a Cicerón pequeño, y topo a Aníbal los generales en sus estratagemas!"

"Conflicto y armonía de las razas en América". Buenos Aires, 1915, pág. 103.